

# De centauros

Tántalo eres y como tal sobrevives en un mundo de tentación hostil. Ramos con hermosas frutas se inclinan a tus ojos, que desvías sabedor de su ser vedado. Quién te manda, quién te manda. En el laberinto alicatado en blanco que fatigas de 15 a 21 horas empuñando fregona y cubo han entrado centauros jóvenes chocando sus pechos brillantes de esfuerzo. Gritan y celebran, han vencido. Tensan músculos, hazañas relatan, explotan en carcajadas que no van contigo, pobre esclavo condenado al castigo perpetuo. Pero como débil que eres alzas la vista al esplendor de la belleza ajena. Los colosos en eufórica tertulia van despojando sus cuerpos de herrajes, de calzones y medias, y de su progresiva desnudez emerge el dolor que martiriza tus sentidos. Enteros ya y ofrecidos al mundo caminan en desorden hacia el rito del agua y el vapor, hacia el cubículo sagrado donde doce surtidores honran su piel y su cansancio. Servil, de mocho armado los sigues en su ruta, pidiendo perdón apenas, nadie te escucha, nadie te ve, en busca de la recompensa que da sentido a tu existencia, el technicolor de la juventud envuelta en jabones, en fragancias vigorizantes, cremosas emulsiones que nublan tu vista. Los centauros hablan estentóreos, intercambian champús, suavizantes y dejan indolentes que el torrente descienda por sus cuerpos arrastrando burbujas y fina espuma que en escorrentía abrupta se pierde por el desagüe. Hasta esa agua que les ha tocado envidias, tú, que ni esa agua eres. Ya vuelven, ya te esquivan sin mirarte y salpican sus chanclas tus perneras grises de empresa subcontratada. Hunden sus torsos en el algodón amable, absorbente que les estaba esperando, y frotan, secan, visten dorsales, bíceps, sóleos que recorres y mides con el escáner de tus ojos. No son para ti. Agradece el destino pródigo y cruel que te ofrece y te niega. Entre humos odorados y grasas hidratantes van diciendo adiós los

fragmentos humanos que hurtan su ser a tu mirada vigía. El clima festivo y verborreico decrece paso a paso al abandonar los centauros el laberinto alicatado. Pero uno que bajo el brazo porta la esfera objeto del deseo se ha vuelto, con una hebra de sospecha en la pupila que clava en ti. Sonriente, magnánimo, se va al fin y te deja ir, suspenso el aliento, a tu pequeña gruta almacén donde proteges tu insignificancia bajo la luz dudosa y fluorescente desde el remoto amanecer.

Juan Torralba, febrero del 2016